

**LA CERTEZA EN EL CONOCIMIENTO DE LA
VERDAD SEGÚN LA ENCÍCLICA FIDES ET RATIO
DE S. S. JUAN PABLO II**

Pbro. Dietrich Lorenz Daiber

*Magister en Teología Pastoral, Profesor en el
Pontificio Seminario mayor San Rafael y en la
Universidad Católica de Valparaíso.*

En el mundo de lo relativo, el Papa es el hombre de lo absoluto. En el mundo del presente, de lo actual, es el hombre de lo eterno, de lo que no pasa. En el mundo del pluralismo, de la tolerancia y de la indiferencia, él es el hombre de la fe, de la pasión y de la mística. Es el gran referente, el que sorprende, el que desconcierta, e irrita a veces y, al mismo tiempo, inquieta, interpela e invita a pensar de nuevo. Tal vez por ello, en algunos sectores JUAN PABLO II es considerado como un "provocador" por ser uno de los pocos hombres que habla desde una certeza, que cree lo que dice, que no teme decirlo, ni teme estar en contradicción con la mayoría, al menos con la que se cree la mayoría expresa.

En este sentido hay que recordar las ofensas inferidas al Pontífice por sectores eclesiales que piensan distinto, quienes no han desperdiciado oportunidad para manifestar su

malestar con el Papa; al mismo Papa que ha sabido reconciliar a la Iglesia Católica con la historia, pidiendo perdón por el tema de la esclavitud, por el tema de los judíos, por el tema Galileo; el que ha buscado incansablemente fórmulas de entendimiento y de integración en la unidad con Protestantes y Ortodoxos.

Se trata del mismo Papa que ha tenido coraje y voz para oponerse al materialismo marxista, de joven; y para exigir respeto al derecho de la Iglesia a recibir conversiones de otras religiones, de anciano. Nadie mejor que JUAN PABLO II sabe que no se puede violentar la conciencia del hombre en nombre de Dios para que abrace la Fe Católica. El Papa sabe perfectamente que, si bien es cierto que, no se puede atropellar, invocando a Dios, la libertad con que las personas están llamadas a profesar la verdad, tampoco, y de ningún modo, la persuasión y la certeza de que la verdad nos hará libres, puede ser juzgada de "fundamentalismo".

Pues bien, éste es el Papa que quiso celebrar sus 20 años de Pontificado con la publicación de su decimotercera encíclica: *Fides et Ratio*. Documento que fue firmado por el Pontífice el día 14 de septiembre de 1998, y presentado por el Cardenal RATZINGER un día después.

Se trata de un documento muy esperado. Diversas personas habían ya preguntado al Santo Padre por qué no publicaba algún documento sobre el estudio de la filosofía, tal como había hecho su antecesor LEÓN XIII.

Aunque parece ser que el Papa había redactado el borrador hacían ya doce años, esta Encíclica no surge de la nada. Evidentemente tiene sus raíces, tiene sus antecedentes, y un proceso de lenta maduración. Hay que leerla en continuidad con una serie de documentos pontificios anteriores. Es más, constituye la culminación de un largo proceso acerca de las relaciones entre la fe y la razón, que se inició con algunos principios propuestos por el Concilio de Trento, la Constitución *Dei Filius* del CONCILIO VATICANO I, que después el Papa LEÓN XIII continuó con su encíclica *Aeterni Patris*, y la constitución *Dei verbum* del CONCILIO VATICANO II (nº 8). El mismo CONCILIO VATICANO II al tratar

de la formación sacerdotal había vuelto a insistir con renovado interés sobre el equilibrio en estas relaciones de fe y razón¹.

I- Contextualización del problema

Desde el primer año de su Pontificado (4 III 1979), JUAN PABLO II habló de la «responsabilidad de la Iglesia por la verdad» (Enc. *Redemptor hominis*, n° 19). Ahora, 20 años después, habla de «la diaconía de la verdad» (n° 2), servicio a la humanidad del cual la Iglesia es responsable de un modo particular.

Se ve por lo tanto, una constante preocupación por la verdad: desde la *Redemptor hominis* (1979), pasando por la *Pastores dabo vobis*² (1992), por la *Veritatis splendor* (1993), hasta la *Fides et Ratio* (1998), porque «la verdad ilumina la inteligencia y modela la libertad del hombre, y de esta manera es ayudado a conocer y amar al Señor»³.

Es un hecho que la fe y la razón son los únicos medios que el hombre tiene para conocer la verdad. Dios no nos ha dado otros.

La fe y la razón, dice en el breve saludo inicial de la encíclica, son como las dos alas con las cuales el hombre se eleva a la contemplación de la verdad. Dios ha puesto en el corazón del hombre el deseo de conocer la verdad, de conocerle a Él para que pueda alcanzar la plena verdad sobre sí mismo.

La fe y la razón, la fe y la ciencia, la fe y la cultura no están en relación de antítesis o antinomia. Tampoco de una simple "convergencia paralela", como podría sostener con elegancia algún retórico. Mucho menos en relación de vasallaje o señorío. Su relación es de alianza. Alianza significa mutua necesidad, mutuo respeto, mutuo beneficio. La ciencia, la cultura, nada deben temer de su apertura a las luces y energías que le ofrece la fe. Ni la fe alberga temor alguno de ser

¹ VATICANO II, *Optatam Totius*, nn. 15-16.

² Cfr. JUAN PABLO II, *Pastores dabo vobis*, n. 52.

³ JUAN PABLO II, Enc. *Veritatis Splendor*, Santiago 1993, 3.

contradecida o desvirtuada por las certezas y conquistas de la ciencia, por los hallazgos de la cultura humana.

Sin embargo, es un hecho que en el pasado se han dado trágicos desencuentros y rupturas entre estas dos dimensiones tan importantes de un humanismo integral. Ninguna ha resultado con ello favorecida. Esta misma experiencia ha generado conciencia y urgencia de la necesidad de restablecer el diálogo, de reconstruir la alianza. Para la Iglesia, desde luego es un imperativo prioritario superar este divorcio y reasumir la evangelización de la cultura (se recuerda el caso Galileo, n. 34, nota 29). Pero dicha evangelización supone al mismo tiempo apertura y escucha, acogida del hombre que hace la ciencia y promueve la cultura. No se trata de una cuestión trivial, o de importancia meramente teórica. El hombre, cada hombre, experimenta la necesidad de ser feliz, de realizarse en plenitud. Por su mismo concepto, esta autorrealización no admite ser reducida a un tiempo limitado o a algunos bienes parciales. La felicidad, la plena realización de sí debe ser total: en el tiempo y en los bienes capitales, como son la Fe y la Razón.

En la actualidad se dan dos problemas que alteran esta alianza mutua entre fe y razón.

1) La modernidad: contraposición entre fe y razón.

Por un lado la modernidad ha contrapuesto la fe a la razón como lo irracional a lo racional. Se rompió así entre ambas la armonía y la síntesis que había elaborado el pensamiento medieval. Consecuencia de ello es que el pensamiento actual oscila entre el racionalismo y el fideísmo (cfr. nn. 52; 91).

Para el *racionalismo*, la razón tiene la última palabra sobre la realidad, y sólo es posible hablar de aquello a lo que alcanza (cfr. n. 55).

Reconociendo los méritos de la filosofía moderna, el Papa señala como una crítica a esta filosofía, que «dejando de orientar su investigación sobre el ser, ha concentrado la propia búsqueda sobre el conocimiento humano. En lugar de apoyarse sobre la capacidad que tiene el hombre para conocer la verdad, ha preferido destacar sus límites y condicionamientos» (n. 5). La inteligencia no se limita sólo, dice, a los fenómenos, sino que es capaz de alcanzar con verdadera certeza la realidad inteligible (n. 82).

De este modo, el pensar humano pierde su dimensión metafísica, y se olvida que el hombre está llamado a orientarse hacia una verdad que lo trasciende. Negar la posibilidad de conocer la verdad encierra al hombre en una soledad ontológica y existencial radical, porque no logra saciar la sed de infinito que hay en él. «Ello ha derivado en varias formas de agnosticismo y de relativismo, que han llevado la investigación filosófica a perderse en las arenas movedizas de un escepticismo general» (n. 5).

El *fideísmo* (cfr nº 55), en parte, es consecuencia de lo anterior: un fideísta es un agnóstico. Además de negar la posibilidad de demostrar la existencia de Dios (verdad primera), niega también la posibilidad de conocer mediante la razón otras muchas verdades. Por ejemplo, quien no conoce si Dios existe, tampoco puede admitir la Providencia divina, que Dios intervenga activamente en la vida de los hombres y en la historia. Aunque pueda admitirlo por fe, su inteligencia no podrá captar nunca la racionalidad de la existencia humana. El fideísmo sólo es posible si, previamente, se desconfía radicalmente de la capacidad de la inteligencia humana

Si únicamente es posible conocer las cosas que se alcanzan con la razón sola, y Dios queda fuera del alcance de la razón natural, entonces la fe carece de fundamento racional alguno; o se cree simplemente porque sí (voluntarismo), o la fe se reduce a un hermoso sentimiento, pero carente de razones que lo justifiquen. El fideísta es, por tanto, una persona cuya fe no tiene más fundamento que la

voluntad: su fe no tiene ningún apoyo racional. Creer en Dios y creer a Dios son dos actos ciegos: se cree porque se quiere creer y, en última instancia, por un motivo pragmático: se cree porque la fe resuelve muchos problemas que, de otro modo, no tendrían solución. Una vez más nos encontramos ante el pragmatismo como criterio último de verdad y de certeza.

Este fideísmo, latente hoy por todas partes, ante la urgencia de los desafíos pastorales del mundo contemporáneo, ha llevado a un cierto desprecio o indiferencia por la filosofía; olvidando, en primer lugar, que precisamente por una razón pastoral hay que recuperar la filosofía, ya que ésta constituye un terreno común de diálogo con no creyentes o con creyentes de otras religiones. Ya TOMÁS DE AQUINO había dicho que así como con los Judíos tenemos en común el Antiguo Testamento, y con las otras Confesiones Cristianas el Nuevo, y como el mundo del Islam y los no creyentes no convienen con nosotros en admitir la autoridad de alguna parte de la Sagrada Escritura hemos de recurrir a la razón natural, que todos se ven obligados a aceptar, aún cuando en las cosas divinas pueda fallar o ser falible⁴.

Y desde el discurso de Pablo en el Areópago, cada vez que la tarea evangelizadora se vuelve apremiante, la filosofía no tiene descanso. Pensemos en la revolución cultural del siglo XIII y en la gran misión evangelizadora de las Ordenes Mendicantes; y el rol del pensamiento filosófico en la primera Evangelización de América impulsada por los teólogos de la Escuela de Salamanca como son FRANCISCO DE VITORIA, MONTECINOS, LAS CASAS.

En segundo lugar, la pastoral exige recuperar la filosofía, porque ésta contribuye a la elaboración racional de los motivos de credibilidad de nuestra fe, imprescindibles en ese diálogo, si queremos, como dice el mismo San Pedro, "dar razón de nuestra esperanza" (1 Pe 3, 15).

⁴ TOMÁS DE AQUINO, *Summa contra Gentiles*, I, c. 3

Tomemos como punto de partida el hecho de que una Evangelización *in vitro*, o químicamente pura de *la sola fe*, no existe y nunca será posible. La Evangelización, que es una especie de fecundación del espíritu, se hace siempre en comunidad, por aquello de "donde hay dos o tres reunidos en mi nombre", comunidad significa diálogo. Y éste es el primer aporte de la fe, estimular el amor por el Verbo, por el Logos, el amor por la sabiduría de la vida⁵, por la verdad.

Este amor por el Logos, y el diálogo, nos pide una reflexión cada vez más profunda sobre el contenido de la Fe y un esfuerzo por demostrar que es razonable creer. Sí, la filosofía es útil a la evangelización en cuanto la filosofía es una búsqueda continua de un significado profundo de la vida y del hombre.

En este sentido el CONCILIO VATICANO II afirma que «la obra redentora de Cristo, aunque de suyo se refiere a la salvación de los hombres, se propone también la restauración de todo el orden temporal. Por tanto, la misión de la Iglesia no es solo anunciar el mensaje y la gracia de Cristo, sino también impregnar y perfeccionar todo el orden temporal con el espíritu evangélico»⁶, que es el espíritu del Logos encarnado, que la filosofía ama por definición.

La razón, entonces, ilumina el obrar humano y clarifica las condiciones indispensables para que se alcancen soluciones dignas del hombre. El interés de la Iglesia por una filosofía apta para explicar a los hombres su mensaje, coincide con su interés por el hombre como persona⁷.

La filosofía o la razón, por lo tanto, son una ayuda indispensable para profundizar la inteligencia de la fe y comunicar la verdad del Evangelio (nº 5). Conforme a esto, en la *Fides et Ratio* JUAN PABLO II se atribuye a sí mismo, atribuye a los Obispos, a los teólogos y a los filósofos, la misión de anunciar "abiertamente la verdad" (2 Cor 4, 2).

⁵ Cfr. KLEINKNECHT, "Der Logos im Griechentum und Hellenismus", en: *Kittel, Lexikon zum Neuen Testament*, pp. 76-89.

⁶ VATICANO II, *Apostolicam actuositatem*, nº 5.

⁷ *Redemptoris missio*, 37.

2) Tendencia actual a negar la capacidad de la razón para conocer la verdad.

La Encíclica constata que, en el clima cultural y filosófico actual, existe además una tendencia a negar la capacidad de la razón humana para conocer la verdad.

Ya sea por una influencia del racionalismo o del fideísmo, la sociedad actual desconfía de lo que se presente como verdad objetiva y como certeza. Se suele asociar y confundir certeza y verdad objetiva con *intolerancia* y *dogmatismo*, dos palabras impregnadas con un significado muy negativo. «La legítima pluralidad de posiciones ha dado paso a un pluralismo indiferenciado, basado en el convencimiento de que todas las posiciones son igualmente válidas. Con falsa modestia los hombres se conforman con verdades parciales y provisionales, sin intentar preguntas radicales sobre el sentido y el fundamento último de la vida humana, personal y social. Ha decaído la esperanza de poder recibir respuestas definitivas a tales preguntas» (nº 5). En consecuencia, han surgido en el hombre contemporáneo una actitud difusa de desconfianza en la verdad y desconfianza respecto de los grandes recursos cognoscitivos del ser humano.

Así se reduce la racionalidad a ser simplemente instrumental, utilitarista, funcional, calculadora o sociológica. El modelo de las ciencias humanas y empíricas se convierte en el parámetro y en el criterio de racionalidad.

«Fueron así censurados al mismo tiempo, por una parte el fideísmo y el tradicionalismo radical, por su desconfianza en las capacidades naturales de la razón; y por otra, el racionalismo y el ontologismo, porque atribuían a la razón natural lo que es cognoscible sólo a la luz de la fe» (n. 52).

II- Respuesta del Santo Padre a la situación descrita

Para el Papa, la primera urgencia del momento no parece ser una defensa de la fe, sino de la misma razón y su capacidad para captar la verdad. «Reafirmando la verdad de

la fe podemos devolver al hombre contemporáneo la auténtica confianza en sus capacidades cognoscitivas y ofrecer a la filosofía un estímulo para que pueda recuperar y desarrollar su plena dignidad» (nº 6).

El mundo bíblico, dice el Papa, ha hecho un importante aporte a la teoría del conocimiento: la convicción de que hay una profunda e inseparable unidad entre el conocimiento de la razón y el de la fe (nº 16). Israel con su reflexión ha sabido abrir a la razón el camino hacia el misterio: a este respecto se citan diversos pasajes de los libros Sapienciales como de San Pablo.

La Revelación divina introduce en nuestra historia una verdad universal y última que induce a la mente del hombre a no pararse nunca; más bien la empuja a ampliar continuamente el campo del propio saber. La verdad de la Revelación cristiana, que se manifiesta en Jesús de Nazaret, permite a todos acoger el "misterio" de la propia vida. Y como verdad suprema nos obliga a abrirnos a la trascendencia (nº 15).

A partir de esta forma de conocimiento más profunda, el pueblo elegido ha entendido que la razón debe respetar algunas reglas de fondo para expresar mejor su propia naturaleza.

Una **primera** regla consiste en tener en cuenta el hecho de que el conocimiento del hombre es un camino que no tiene descanso;

La **segunda** nace de la conciencia de que dicho camino no se puede recorrer con el orgullo de quien piense que todo es fruto de una conquista personal;

Una **tercera** se funda en el temor de Dios, del cual la razón debe reconocer a la vez su trascendencia soberana y su Amor providente en el gobierno del mundo.

Cuando se aleja de estas reglas, el hombre se expone al riesgo del necio, cuando llega a afirmar «Dios no existe» (*Sal 14*).

Analizando los textos del libro de la Sabiduría (13, 5) y Romanos (1, 20), y los primeros principios lógicos formulados por ARISTÓTELES, JUAN PABLO II afirma que el hombre tiene las capacidades para conocer racionalmente la existencia de diversas verdades y de la verdad primera.

Aquí el Papa asienta la certeza y la garantía del conocimiento de la verdad sobre los primeros principios lógicos, aquellos que son comunes a todas las ciencias o formas de conocimiento: el principio de no contradicción, de finalidad, de causalidad (nº 4). Este detalle es único y fundamental. No tengo recuerdo de algún otro documento pontificio donde se halla atribuido a estos primeros principios del conocimiento humano el título de «patrimonio espiritual de la humanidad» (nº 4). La unidad de la verdad está garantizada y se expresa mediante el principio de no contradicción (nº 34). Aplicando el principio de no contradicción de ARISTÓTELES, se puede ver que no se puede ser agnóstico respecto de la verdad: «Nadie puede pensar que la verdad no existe, porque si se dice que no existe, se sigue que ella existe; ya que si la verdad no existe, es verdadero que no existe la verdad»⁸.

«Es evidente que existe la verdad, porque quien niegue su existencia concede que existe, ya que si la verdad no existiese, sería verdad que la verdad no existe, y claro está que si algo es verdadero es preciso que exista la verdad»⁹.

Si el hombre con su inteligencia no llega a reconocer a Dios como creador de todo, no se debe tanto a la falta de un medio adecuado, cuanto sobre todo al impedimento puesto por su voluntad libre y su pecado. En esta perspectiva la razón es valorizada, pero no sobrevalorada.

Lo que la razón alcanza adquiere significado pleno solamente si su contenido se sitúa en un horizonte más amplio, que es el de la fe. La fe libera la razón en cuanto le permite alcanzar coherentemente su objeto de conocimiento (la verdad) y colocarlo en el orden supremo en el cual todo adquiere sentido. En definitiva, el hombre con la razón alcanza la verdad, porque iluminado por la fe descubre el sentido profundo de cada cosa y, en particular, de la propia existencia.

⁸ TOMÁS DE AQUINO, *De Verit.*, q. 10, a. 12, obj. 3.

⁹ TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.*, I, q. 2, a. 1, obj. 3.

Esta convicción atraviesa toda la Encíclica: es la confianza en la capacidad de la razón humana de alcanzar la Verdad, que es: «una y única; universal y absoluta; para todos y para siempre; definitiva y última» (Cfr. nn. 27, 33, 83).

Lo que es verdad, debe ser verdad para todos y para siempre. Además de esta universalidad, el hombre busca un absoluto que sea capaz de dar respuesta y sentido a toda su búsqueda. Las hipótesis pueden ser fascinantes, pero no satisfacen. Para todos llega el momento en el que, se quiera o no, es necesario enraizar la propia existencia en una verdad reconocida como definitiva, que dé una certeza no sometida ya a la duda.

La duda, por el contrario, es aquella actitud mental de incertidumbre que obliga al hombre a no decidirse ni por la verdad ni por la falsedad, mientras no disponga de indicios en un sentido o en otro. Psicológicamente la duda puede generar sentimientos de intranquilidad y de angustia.

Es necesario reconocer, dice el Papa, que no siempre la búsqueda de la verdad se ha presentado con transparencia ni de manera consecuente. Pero lo que permanece en cada una de las manifestaciones de esa búsqueda histórica de la verdad es el deseo de alcanzar la certeza de la verdad y de su valor absoluto. En ocasiones el hombre evita la verdad porque teme sus exigencias. Pero a pesar de esto, incluso cuando la evita, siempre es la verdad la que influencia su existencia. El hombre no puede fundar la propia vida sobre la duda, la incertidumbre o la mentira.

No se puede pensar que una búsqueda tan profundamente enraizada en la naturaleza humana sea del todo inútil y vana. La capacidad misma de buscar la verdad y de plantear preguntas implica ya una primera respuesta.

El hombre no comenzaría a buscar lo que desconociese del todo o considerase absolutamente inalcanzable. Sólo la perspectiva de poder alcanzar una respuesta puede inducirlo a dar el primer paso. Aquí el Santo Padre recurre a la experiencia para demostrar su afirmación: de hecho, dice, esto es lo que sucede normalmente en la investigación científica. Cuando un científico, siguiendo una intuición suya, se pone a

la búsqueda de la explicación lógica y verificable de un fenómeno determinado, confía desde el principio que encontrará una respuesta, y no se detiene ante los fracasos. No considera inútil la intuición originaria sólo porque no ha alcanzado el objetivo; más bien dirá con razón que no ha encontrado aún la respuesta adecuada. Esto mismo es válido también para la investigación de la verdad en el ámbito de las cuestiones últimas. La sed de verdad está tan enraizada en el corazón del hombre que tener que prescindir de ella comprometería la existencia. Del conjunto de los resultados logrados, se confirma la capacidad que el ser humano tiene de llegar, en línea de máxima, a la verdad.

Frente a esta situación el mensaje de la *Fides et Ratio* reacciona, volviendo a proponer con fuerza y convicción la capacidad de la razón de conocer y alcanzar algunas verdades fundamentales de la existencia: la espiritualidad e inmortalidad del alma, la existencia de Dios; la capacidad de hacer el bien y de seguir la ley moral natural, la posibilidad de formular juicios verdaderos, la afirmación de la libertad del hombre.

Para defender la capacidad de la razón de conocer la verdad de Dios «es necesaria una filosofía que sea capaz de comprender conceptualmente la dimensión metafísica de la realidad».

Hay que hacer notar aquí que, no se contrae compromiso con ningún sistema en particular. No se encuentra una recomendación, al menos explícita, de abrazar algún sistema filosófico en particular, como había sucedido en la *Aeterni Patri*.

Eso sí, la fe cristiana se ve obligada a «oponerse a aquellas filosofías o teorías que excluyen la actitud del hombre de conocer la verdad metafísica de las cosas, como son, por ejemplo, el eclecticismo (nº 86), el positivismo, el materialismo, el cientificismo (nº 88), el pragmatismo (nº 89), el historicismo (nº 87), el relativismo, el nihilismo (nº 90)». También se menciona el rechazo católico de la filosofía marxista y del comunismo ateo (nº 54).

El hombre resulta ser «aquel que busca la verdad» (nº 28), y la filosofía es presentada como un medio para progresar en el conocimiento de la verdad (nº 3). El Papa reafirma una vez más el realismo moderado o equilibrado, que defiende de una parte los derechos de la experiencia sensitiva, como fundamento permanente de todo conocimiento humano, y los derechos del conocimiento intelectual, el único capaz de llegar a la certeza, la verdad y la objetividad, con tal que se cuide de la prisa, de la superficialidad, de los prejuicios y de las pasiones.

La perfección del hombre no está en la mera adquisición del conocimiento abstracto de la verdad (nº 32). El Papa como maestro sugiere la vía sapiencial para alcanzar las respuestas definitivas del problema de la existencia. Gracias a la capacidad del pensamiento, el hombre puede encontrar y reconocer esta verdad. En cuanto vital y esencial para su existencia, esta verdad se logra no sólo por vía racional, sino también mediante el abandono confiado en otras personas, que pueden garantizar la certeza y la autenticidad de la verdad misma.

El objetivo de esta encíclica es devolver al hombre contemporáneo la confianza en la verdad. «Esta exigencia ha sido reafirmada por el CONCILIO VATICANO II (GS, 15) cuando dice: *“La inteligencia no se limita sólo a los fenómenos, sino que es capaz de alcanzar con verdadera certeza la realidad inteligible, aunque a consecuencia del pecado se encuentre parcialmente oscurecida y debilitada”*» (nº 82). La verdad es siempre un reflejo de Dios y debe ser tratada con respeto.

Par terminar podemos decir que la certeza es el estado de la mente que se adhiere firmemente y sin ningún temor a una verdad. No se puede esperar el mismo grado de certeza en todas las cosas, hay una graduación de la certeza. El pensamiento humano es capaz de alcanzar la verdad y esto con certeza cuando se trata de fenómenos del mundo físico y del mundo humano. Solamente con probabilidad y perplejidad cuando se trata del mundo divino. Por lo cual en relación a las verdades divinas y aquellas que afectan al alma, el pensamiento humano tiene necesidad de la intervención de la revelación divina.

Hay una nota a pie de página en la *Fides et Ratio* que no puede pasar desapercibida. En ella dice el Santo Padre: especialmente cuando se busca el por qué de las cosas, entonces la razón humana toca su culmen y se abre a la religiosidad. Ésta representa la expresión más elevada de la persona humana, porque es el culmen de su naturaleza racional. Brota de la aspiración profunda del hombre a la verdad y está en la base de la búsqueda libre y personal que el hombre realiza sobre lo divino.